

¡CIELOS!... ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

(2012, hora decisiva en el reloj de la Humanidad)

Por Gonzalo Pérez

Vivimos uno de los tiempos más excitantes y auspiciosos de la historia de la humanidad. Nunca, como ahora, el largo anhelo colectivo por la Tierra Prometida, un anhelo tan universal como el anhelo de ser amado, ha estado tan cerca de materializarse. Tan cerca de traducirse en concreta y gozosa realidad en nuestras vidas, de hacerse carne en nuestro cuerpo y el cuerpo de la humanidad.

El alma atesora, con inteligencia misteriosa, la visión de ese diseño hecho de luz: la Tierra Prometida. Un estado de cosas imposible al parecer de la cabeza, pero evidente, obvio, al corazón. En esta visión clarísima, y unánime, palpitando siempre en una zona incontaminada de nuestro ser, somos capaces de compartir en paz un generoso y verde planeta: éste mismo. La imagen de la Tierra vuelta hogar feliz irradia como una antorcha viva en el origen mítico de cada uno de los pueblos que la han habitado, Promesa incandescente que da sentido al crecer colectivo.



Las apariencias confusas de nuestra época no nos dejan percibir las señales que confirman cómo el momento de concreción de la Promesa ya está aquí, es AHORA. Acostumbrados a no creer, descalificamos la posibilidad de que el accidentado viaje evolutivo de nuestra especie nos haya traído, justo a tiempo, a una cita cósmica que cambia para siempre nuestro destino. Una cita galáctica en el espacio/tiempo ofreciéndonos la oportunidad de dar un salto que podríamos llamar milagroso, pero que es más exactamente cuántico.

Comprendamos esta empecinada ceguera humana a percibir lo decisivo. Si viviéramos un invierno tan largo como para olvidar del todo que la primavera infaliblemente

llegará, ¿no estaríamos también sumidos en fatalismos y desesperanza, calculando alarmados la velocidad con que se agotan los recursos para subsistir?

No es extraño, entonces, en este invierno del espíritu, porfiadamente ignorante de la inminente primavera, que nuestro ánimo común diste mucho de estar exaltado con la gratitud y celebración que una noticia tan bienvenida naturalmente excitaría. Tratándose, como se trata, de la mejor noticia de la historia.

Estamos demasiado ocupados, todavía, con el mundo de pesadilla que creamos sin percatarnos cómo. La oscura Matrix que aún gobierna nuestro pensar: un software de control mental que nos mantiene automáticamente desconectados de la vida, su fluir venturoso, y su enseñanza.

Impedidos desde adentro por ese eficaz lavado de cerebro, limitados por rígidas anteojeras de incredulidad, sólo somos capaces de ver entropía y desastre. Vamos entonces por la vida pateando piedras, frustrados, irritados, imaginando que todo está peor que nunca, siempre por culpa de éste o aquél. Otras veces, deprimidos porque la lógica nos demuestra con rigor y detalle cómo no tenemos salida alguna. En edades o temporadas más favorables a la ilusión, podemos obsesionarnos con sacar adelante un proyecto personal de salvación. Por vía del éxito, la santidad –tradicional o moderna-, el romance o la familia. Un proyecto que se va volviendo fanático, construido, como imaginaria arca de Noé, para rescatarnos de un diluvio universal de desilusión.

Donde más se experimenta hoy emociones apocalípticas es justamente en estos proyectos personales. Porque los derrumbes de ilusión que están ocurriendo en tantas vidas adquieren un dramatismo de fin de mundo, al potenciarse inconscientemente con la carga colectiva de temor y desesperanza. Para unos, se trata del quiebre doloroso y final de un matrimonio o un largo amor; para otros, del desplomarse irreversible de una creencia política, religiosa o esotérica, que, sostenida con fervor, servía de cimiento, sentido y explicación a todas las cosas. Las angustias de salud y dinero, antiguas como el mundo, cobran en nuestra contemporánea indiferencia social dimensiones de paranoia y soledad que llegan a paralizarnos. Difícil que algún adulto de nuestra época no conozca esos túneles subjetivos que devoran con intolerable intensidad.

Cada uno de nosotros ha sufrido en estos años su propio fin de mundo. El alma lo necesita, para desprenderse así de lo que no es esencial. Con purificaciones tan drásticas, eventualmente aprendemos a distinguir lo que importa de lo que no importa nada. A distinguir la vida, natural, sabia, sagrada, incontaminable, acompañada, del mundo, artificial, ilusorio, distorsionado, contaminante, solo. A comprender finalmente que lo único propio es el don de amar, y constatar que, ejerciéndolo, vamos volviendo a la vida.

Vivimos un verdadero apocalipsis del sentir, donde lo interno se desorbita en intensidades inconcebibles, y lo externo parece caer en pedazos dondequiera que uno mire. ¡Aleluya! Se trata del trabajo de parto de la humanidad, las dolorosas contracciones previas a la llegada del hijo/hija tan esperado. Pues nuestra humanidad está a punto de dar a luz una nueva, radiante conciencia.

Ya está clara la fecha de este sutil pero inmenso nacimiento: 2012.

Los mayas, insignes astrónomos y cronógrafos, lo previeron con cosmológica precisión. Y todas las voces de sabiduría, antiguas y modernas, coinciden: estamos en el umbral del salto al vacío, el salto hacia el amor.

¿Qué tan especial este 2012 para ser así de anunciado, temido, prefigurado? Expresado en términos de oficina, es un deadline. El final de un plazo. Una fecha señalando la llegada de la nave espacial Tierra a una exacta y nueva ubicación galáctica, frontera de poderosos campos de energía capaces de reciclar las invisibles redes energéticas que dan vida a nuestro planeta, además de transformar completamente nuestro funcionamiento cerebral. El suspenso nunca estuvo puesto en si la nave madre llegaría o no a tiempo; eso estaba garantizado por las estupendas leyes del Cosmos. La expectación era otra: ¿sería capaz su tripulación de asimilar positivamente la nueva energía y así saltar a un nuevo nivel de existencia? O, bloqueados sus canales sutiles con tanta negatividad acumulada, ¿tendría la humanidad que desencarnar masivamente, dando por fracasado el particular proyecto evolutivo de este planeta?

Felizmente, el suspenso ha terminado. Podemos dar gracias, darnos gracias: sí, nuestra humanidad está en condiciones de saltar a otro estado. Se alcanzó el número crítico de seres conscientes, equilibrando con su luz la enorme oscuridad colectiva. Basta un ser humano capaz de mantener intención de amor para contrapesar la densidad de ignorancia de muchos que aún no pueden. No en vano, todos quienes hemos trabajado en tantas vidas por la evolución de esta familia humana estamos de nuevo aquí, encarnados, sosteniendo con inquebrantable fe y amor a la humanidad en su Gran Parto.

¿Cómo está ocurriendo esta inimaginable transformación? Graficándolo crudamente, se asemeja a un contundente aumento de voltaje planetario, causa de inestabilidad telúrica y climática para la Tierra, motivo de la montaña rusa emocional y la avalancha de desequilibrios y sensaciones inquietantes que sus tripulantes estamos experimentando. Ajustes técnicos de nuestra psicobiología terrícola.

Desde luego, lo que hace tan buena la noticia es el resultado final de los ajustes. Con el cambio de voltaje, los seres humanos, que hemos funcionado como no muy brillantes

ampolletas de 40 watts, ¡pasaremos muy pronto a ampolletas encendidas de 100 o 200 w!

Es pura cuestión de circuitos cerebrales.

El circuito de conexión neuronal que usamos todos los días es el circuito del ego, expresado como una secuencia de juicios aparentemente imparciales pero que inevitablemente terminan condenando a algo o alguien, para después virarse en 180 grados para culparnos a nosotros mismos. El proceso, que se inicia en frío, acaba en los fuegos infernales de las emociones negativas: el miedo, la rabia, la culpabilidad. Las neurociencias han descubierto otros caminos neuronales, sede de las emociones positivas, y han comprobado que quienes han meditado perseverantemente, es decir, han entrenado su mente en el vacío, acceden con facilidad a este circuito de paz, contento, armonía. Estando así, amar y ser amado es todo lo que existe. ¡La felicidad, tal como enseñaron los maestros, es una ruta interior!

Todos conocemos ese estado natural y maravilloso a la vez. Algún momento desprevenido y mágico, alguna realización anhelada y conseguida, los primeros tiempos del estar enamorado; esos momentos, u otros, nos abren las puertas de ese estado de conciencia radiante que llamamos técnicamente Presencia.

En estos tiempos finales y benditos que convergen en el 2012, la Presencia, la activación del circuito cerebral de la felicidad, será regalada por las nuevas y potentes energías a todos los seres que tengan abierto su corazón.

Para eso están a la orden del día las purificaciones cataclísmicas, que aterran primero para después abrirnos sin condiciones al amor. La angustia de vida o muerte nos lleva a confirmar que donde hay ego y egoísmo todo se destruye, que el único alivio viene de aceptar y perdonar. Y, con toda sorpresa, descubrimos que aceptando y perdonando el corazón recupera su pureza original.

La bancarrota del ego la vive cada uno con secreto dolor y humillación, pero el ego colectivo se desploma a la vista de todos. Las explicaciones, idealizaciones y vacas sagradas que construyó ese ego nuestro llamado antes Occidente y hoy, civilización global, se deshacen en decadencia y agonía. Ya nadie está ni ahí. La credibilidad y confiabilidad del sistema/sociedad cae minuto a minuto. Pues justamente nuestro ejercicio humano terminal consiste en soltar, renunciar, desapegarnos a las seguridades ilusorias que le dieron al ego propio y colectivo imagen y poder. Con urgencia, necesitamos despejarnos de lo que no es para quedar abiertos al torrente de inspiración y amor con el que crearemos un nuevo mundo.

Bastará con el trabajo consciente de unos pocos. Como por dentro todos somos uno, cuando estabilizamos en la mente de la humanidad un foco de convicción iluminando nuestra verdadera identidad, entra en rodaje el circuito de la felicidad. Tan poderosa vibración sintonizará espontáneamente a millones de seres, que irán despertando a la luz sin tener clara idea de cómo. El único requisito, que sus corazones no teman perdonar.

EL DESTINO EXTRAORDINARIO DE LA DULCE PATRIA

Hace ya varias décadas que visionarios y videntes de distintos lugares del mundo (Lola Hoffmann incluida) han ido afirmando que Chile es un lugar de destino. Ciertamente, no por mérito especial de sus nacionales –nada de razas elegidas aquí- sino por la simple y colosal realidad de su tierra. Las energías inmensas de la Cordillera y el Océano se combinan en esta angosta faja generando un territorio de gran poder.

Más recientemente, hemos escuchado que el chakra central del planeta, el vórtice por el cual la Kundalini de la Tierra aflora a la superficie desatando la iluminación de la cual provienen las civilizaciones, después de milenios de permanencia en los Himalayas, se ha desplazado hacia los Andes. La Serpiente de Luz, así llamada, se ha instalado en nuestras montañas. Los tres grandes terremotos (1960, 1985, 2010, uno en el sur, otro en el norte, otro en el centro, que no fueron sorpresa, sino confirmación de lo esperado por los sismólogos), corresponderían al ordenado ajuste tectónico correspondiente a la nueva situación. Hay que tener presente que antes de 300 años no hay en esta zona posibilidad alguna de otro sismo de parecida intensidad: ya se liberó la energía retenida en las placas, y lo que de vez en cuando nos mueve son sólo réplicas.

Chile sería, de acuerdo a estas miradas al futuro, uno de los enclaves de la nueva civilización, un plan piloto en la creación de una cultura iluminada. Tal noción, increíble en la apariencia, encuentra cada vez más fundamento en los hechos que vivimos. ¿Cómo íbamos a imaginar, por ejemplo, que llegaríamos al siglo 21 como un país único en el vecindario, una isla de prosperidad y democracia en un mundo en desintegración? La prosperidad chilena requiere, claro, de urgente justicia social, y su democracia, de ciudadanos más despiertos; pero ambas son inesperadamente sólidas. No tenemos historia que nos ate; nuestra identidad todavía permanece incógnita. El futuro está totalmente abierto a la creatividad que recibamos de la tierra misma.

Para este luminoso objetivo –el futuro esplendor que invocamos en la Canción Nacional- habrían encarnado aquí diversas almas antiguas, seres de alto desarrollo espiritual listos para entregar sus tesoros en esta fértil provincia. La generación sub-40

viene generosa, con muchos maestros y maestras de incógnito, chicos y chicas superpoderosos que ya están despertando, conmovidos, a sí mismos.

En estos años, Urano, Saturno, Plutón y la Tierra se encuentran en una intensa, dinámica configuración, comparable sólo con la que se dio en los años sesenta: un huracán de revolución, creatividad y crisis del sistema trayendo cambio a todas partes y niveles. Muy especialmente, a Chile. Tal como entonces, el futuro se acerca hasta casi tocarlo, pero el pasado, aún derrumbándose, se resiste a partir. En el 2012, hora de fuego en el reloj del destino, veremos ya al nuevo Chile, imposible de imaginar hoy, tomando forma decisiva. La forma que el corazón siempre ha soñado: una tierra de libertad, donde todos nos sentimos iguales, amando con cuidado su naturaleza magnífica y los unos, a los otros.

Gonzalo Pérez Benavides

www.gonzalopez.cl